

**EL ENCUENTRO CON EL REINO****FICHA: UN MUNDO NUEVO ESTÁ AMANECIENDO****ANEXO 3****DEL DIARIO DE JUDIT**

Betsaida, día 4° del mes de Iyar

La luz del amanecer baña mi habitación y va trayendo a la vida al mundo. El canto de los pájaros me dice que todo comienza de nuevo. Desde mi ventana puedo ver cómo se van desvelando los colores y despertando la naturaleza, en esta primavera temprana que hace que todo aparezca de estreno, recién lavado, lleno de promesas a punto de florecer... Curioso remanso de paz después de esta noche de temor y duda... Ojalá esta luz inunde los últimos rincones de mi alma y haga desaparecer todos los fantasmas que se atrincheran en ella...

Tengo que escribir lo sucedido en estos días para intentar entenderlo. Lo sucedido en estos dos últimos meses en los que todo se ha trastocado tanto que ya no sé qué está arriba y qué está abajo, donde todo lo que creía saber me parece sin consistencia y no sé qué pensar de mí misma ni del mundo. Pero que han sido los meses más felices de mi vida... más llenos de vida. El encuentro con Jesús me ha desarmado.

Hasta hace dos meses yo tenía absoluta claridad respecto a lo que iba a ser mi vida y cuál era mi lugar en el mundo. Mi futuro consistía en casarme con Joel, darle muchos hijos, convertirme en una dama acomodada y aprovechar esa circunstancia para cultivar discretamente un cierto refinamiento cultural y social y hacer el bien a los necesitados, como he visto hacer a mis padres. Es cierto que esa perspectiva no me llenaba de felicidad, pero nunca había pensado realmente en que las cosas pudieran ser de otra manera. Me contentaba con retrasar el momento de la boda en lo posible y buscar la manera de sentirme satisfecha con la perspectiva.

Hasta que escuché a Jesús... Lo primero fue aquella sorpresa de descubrir a un Maestro que aceptaba en su compañía a prostitutas y publicanos, y el enorme agradecimiento porque hubiera acogido a Sara y me la hubiera devuelto. También su mirada limpia y cercana, que parecía conocerme desde siempre. Adquirí el hábito de aprovechar cualquier ocasión para escucharle: evitaba hablar

directamente con él, pero me gustaba oírle... en realidad, siempre habla del Reino de Dios, y lo hace con tal sencillez y confianza, que uno parece que esperaría ver a Dios reinando a la vuelta de la esquina... Yo siempre he oído hablar del Reinado de Dios como esa promesa de justicia y paz que Dios hace a nuestro pueblo; pero como algo utópico, inalcanzable, irreal; bello, pero imposible. Como de otro mundo que tiene poco que ver con el día a día donde rigen otras reglas... Como la promesa del año de gracia, que nunca se cumple...

Pero, escuchando a Jesús, cualquiera diría que él ya está viendo el Reino de Dios aquí presente... y te dan ganas de entrar en él ya.

Hace unos doce días me encontré caminando al lado de Jesús. No sé cómo se dio: simplemente ese día no huí. Él parecía contento de que me hubiera acercado. Hablamos de una cosa y otra, y en poco tiempo le estaba contando mi vida: cómo era mi familia, los problemas entre mis padres, mi relación con mi padre, mis lecturas secretas, mi noviazgo y mis rebeldías... Me dí cuenta de que, sin quererlo, me estaba justificando frente a él, explicándole que no quería vivir esa vida, pero no tenía más remedio. Él me escuchaba sin interrumpir, hasta que yo repetí el coraje que me daba no poder elegir mi vida y cómo me hubiera gustado ser un hombre para poder disponer de ella.

- No te engañes, Judit - me dijo -, todos podemos elegir. Todos tenemos el derecho y el deber de elegir. Por supuesto que las mujeres lo tenéis más difícil y eso no es justo; el precio no es el mismo para todos. Pero somos hijos e hijas de Dios, y tenemos que honrar a nuestro Padre comportándonos como tales. En nuestras manos está siempre, como dicen las escrituras, elegir la vida o la muerte, la verdad o la mentira... Empeñar la vida en buscar el Reino de Dios y su justicia, confiando en que Él nos dará lo necesario, o emplearla en buscar nuestro propio interés y seguridad... lo que es el camino más seguro para perderla.

Yo ya le había oído repetidamente esas cosas, pero fue diferente cuando le oí que me las estaba diciendo a mí. Estaba buscando qué contestar cuando me encontré de frente con mi padre, que volvía por aquel camino. Si le hubiera visto cinco minutos antes me hubiera escondido, pero estaba tan concentrada hablando con Jesús que descuidé toda la vigilancia. Él había visto al grupo acercarse y estaba contemplándolo con una mirada entre curiosa y escéptica. Imagino que estaba juzgando la curiosa estampa que formábamos: prostitutas, pescadores rudos, jornaleros y mujeres, la mayoría gente humilde junto con unas pocas personas cuyas ropas hablaban de un buen nivel económico y social; unas quince

personas en total, en una mezcla risueña y desprejuiciada. Así que tardó unos minutos en reconocermé; creo que no lo podía creer, ¡su Judit en medio de ese grupo de desharrapados! Justo vi cambiar su expresión cuando me reconoció y me quedé pálida. A duras penas exclamó:

- ¡Judit! ¿Qué haces tú aquí?
- Padre... - le dije acercándome.
- ¡Cállate! Ya estás volviendo a casa.

Me cogió por el brazo bruscamente y me llevó casi a rastras sin darme tiempo a despedirme. Nunca había visto a mi padre así. Me llevó casi corriendo por el camino sin dirigirme la palabra, y cortando en seco cualquier intento que yo hacía de justificarme. Isaac, el criado que le acompañaba iba detrás, discreto y silencioso...

Cuando llegamos a casa me envió directa a mi habitación con la prohibición expresa de salir de ella. Yo esperaba poder hablar con él, pero a la hora de la cena Isaac me llevó algo de comer sin dirigirme la palabra, lo que me hizo suponer que mi padre había prohibido cualquier comunicación conmigo. Yo no lo podía creer: sabía que mi padre no hubiera aprobado mis andanzas con Jesús, pero nunca había imaginado que hasta tal punto. Me harté a llorar: Isaac se llevó la bandeja intacta.

Mi padre me mantuvo toda la noche y el día siguiente encerrada, con la puerta trancada y sin posibilidad de comunicación: sólo Isaac me llevaba la comida y se llevaba la bandeja sin decir una palabra. Ni siquiera podía escribir: los útiles de escritura estaban en la sala, fuera de mi alcance. Pasé horas llorando, enroscada en la cama y horas paseando como una leona enjaulada. Grité y golpeé la puerta, hasta que me dí cuenta de que eso debía ser una tortura para mi madre: mi padre debía haber establecido una vigilancia muy estricta para impedir que ella hubiera venido a consolarme.

Poco a poco me fui tranquilizando e intentando pensar con claridad. Mi padre nunca me había castigado así; siempre ha sido un padre comprensivo y cariñoso. Si estaba reaccionando así era que consideraba mi falta mucho más grave de lo que yo había imaginado. En realidad, ¿qué había hecho? Él había confiado en mí, me había dado libertad, pero yo había sobrepasado algunas fronteras que sabía que eran decisivas. Claro que mi padre nunca me había prohibido expresamente ir con Jesús, porque no había tenido oportunidad. Pero ir en compañía de prostitutas y de varones sin ninguna relación con mi familia no era necesario

prohibirlo expresamente. Mi padre hubiera podido (aún podía) castigarme físicamente, y nadie se lo hubiera reprochado. Todos hubieran estado de acuerdo en que tal comportamiento rebelde debía ser corregido con mano dura.

La cuestión era más grave - entonces me dí cuenta - porque yo era una mujer prometida. Si mi marido se enterara, fácilmente podría castigarme personalmente o incluso repudiarme. Y en tal caso, estaría deshonorando a mi padre, que parecería incapaz de mantener a su hija dentro de las buenas formas más elementales. Mi padre no se merecía tal cosa...

A esas alturas, yo ya estaba convencida de que mi padre estaba tremendamente enojado, pero que seguía protegiéndome. Así que cuando, finalmente, entró en mi habitación muy tarde por la noche y me arrodillé llorando ante él y pidiéndole perdón, fui sincera. Él ya no estaba enfadado, aunque sí distante, o tal vez mi reacción desarmó lo que quedaba de su enfado. Me levantó y, muy serio, me dijo que tenía algo que decirme y me pidió que dejara de llorar.

Estuvimos un rato en silencio, mientras yo intentaba (y poco a poco conseguía) contener el llanto. Mi padre tenía un aspecto triste y cansado. Pasados unos minutos (que a mí se me hicieron eternos) comenzó a hablar suavemente. Me dijo que no creyera que no entendía mis inquietudes. Que me conocía y sabía bien lo soñador que era mi corazón y lo altos que eran mis ideales, "como tu madre", añadió casi en un susurro. Que hasta entonces no había tenido corazón para poner el freno que hubiera debido, porque me amaba demasiado... Pero yo ya no era suya; estaba prometida y debía madurar. Que los sueños eran sueños, y que debía aceptar la realidad, y cuanto más tardara en hacerlo, más sufriría. Que la realidad era que yo era una mujer y debía someterme al varón; que la sociedad era injusta y despiadada con quienes caían en desgracia, pero que así había sido siempre y así sería, y que yo debía agradecer al cielo pertenecer al grupo privilegiado, tener un techo sobre mi cabeza y una posición desahogada. Que nadie me impedía hacer buenas obras, pero que no podía salirme del lugar social que me correspondía, o sería una deshonra para él y para mi futuro marido. Que no sabía qué había visto en Jesús de Nazaret, pero que lo podía imaginar; había visto a Sara entre quienes lo seguían. Que Jesús probablemente no era malo, pero era un soñador que terminaría mal, y que arrastraría a la ruina a todos los que le siguieran. Y que me prohibía terminantemente volver a tener contacto con él o con su grupo.

Me castigó a permanecer durante una semana en mi habitación, reflexionando sobre lo que había sucedido, y me prohibió hablar del incidente. Nadie debe saber lo que ha pasado. Si después de ese tiempo me vuelve a encontrar en compañía de Jesús o de su grupo, hablará con mi prometido y sólo volveré a salir de casa para la boda.

Una semana a solas y sin nada que hacer - ¡ni pensar en pedirle los útiles de escribir! - es un castigo duro, en momentos creí que me volvería loca. Me hice el firme propósito de obedecer a mi padre; y todos los días me repetía insistentemente mi deber como hija de aceptar el destino que me corresponde, y hacerlo con una sonrisa. Que mi padre sabe más y que es utopía y locura querer cambiar la realidad, que Jesús es un loco soñador, adorable, pero loco. Le pedí a Dios que me ayudara y le prometí cumplir todos sus preceptos, para prepararme a ser una buena esposa de fariseo. Mediada la semana creí que había decidido definitivamente olvidar a Jesús y todas mis fantasías y hacer lo que se esperaba de mi. Sin embargo, sin cesar paseaban por mi mente palabras de Jesús: "quien quiera ganar su vida la perderá", "el Reino de Dios ya está entre vosotros", "el Reino se parece a un grano de mostaza", "la semilla que dio ciento por uno", "mirad los lirios del campo... ni Salomón se vistió como uno de ellos... vuestro Padre ya sabe lo que necesitáis"... No quería pensar en ello, pero no dejaba de dar vueltas en mi cabeza y en mi corazón.

El castigo terminó hace cuatro días, y mi padre me trata como si nada hubiera pasado. Mi madre me abrazó muy fuertemente y me preguntó cómo estaba mirándome a los ojos; mis hermanos no se han dado por enterados; tal vez efectivamente no se han enterado. Yo me he comportado ejemplarmente durante tres días, pero ayer supe que Jesús había reunido a una multitud en un lugar cercano, y fui. Embozada de pies a cabeza, de modo que nadie pudiera conocerme, pero fui. Me quedé lejos y detrás de unos arbustos, apenas se le oía. La mayor parte de la gente que estaba era muy pobre, gente con mucho dolor y sufrimiento, a la que la vida trata mal, que deben luchar mucho sólo para sobrevivir. Le estaban contando a Jesús sus problemas: la última cosecha ha sido mala y se prevé un año de hambre para el pueblo. Jesús, que no tiene más que ellos, les escuchaba y les invitaba a ser creativos y ver qué podían hacer ante esa situación. Empezaron a salir ideas de solidaridad, de compartir, de apoyo mutuo, de lucha...

La conversación se fue animando y Jesús les miraba con una sonrisa. Y en un momento empezó a hablar:

- ¿Os dais cuenta? - le oí decir - Siempre creemos que los poderosos son más felices y que la forma de ser felices es acumular y aceptar las cosas como están, procurando los propios intereses y dando de lado los sueños de justicia y solidaridad. Sin embargo, los que realmente somos felices somos los pobres, porque Dios está de nuestro lado, trayendo su Reino; los que tienen hambre, porque lo que Dios quiere es que coman, los que lloran, porque Dios mismo les va a consolar. Deberíamos entender que la garantía de que la justicia, el amor y la solidaridad van a triunfar en este mundo es el mismo Dios, ¿cómo no considerarnos bienaventurados? Pero hemos de saber que no todos quieren vivir el Reinado de Dios, así que lo normal será que si luchamos por la justicia, si nos empeñamos en vivir el Reinado de Dios, seamos perseguidos. No dejéis que eso os detenga ni mate vuestro espíritu: alegraos, y recordad que todo el que ha trabajado por hacer realidad el Reinado de Dios en esta historia ha sufrido persecución... pero Dios no permite que esos esfuerzos se pierdan.

Las palabras de Jesús siempre me saben a música, pero éstas también me han resultado como una bofetada. Me han pedido que mate mis sueños, que acepte la realidad tal y como es, y Jesús me repite que hay otro camino; que podemos elegir, y que a nosotros nos corresponde tomar postura ante el proyecto de Dios. Y, como Jesús me decía, siento que si intento asegurar mi vida la voy a perder, y vuelvo a sentir que el mundo que sueño es posible, y a desear empeñar la vida por él...

Pero, realmente, ¿hay algo que pueda hacer una mujer joven, casi una niña, por el Reino de Dios? Ojalá la luz de la mañana fuera luz en mi alma...

Judit